

26

DE PUERTO RICO A IRAK: LA MUJER ANTE LA GUERRA

MARGARITA MERGAL

RESUMEN

ESTE TRABAJO ABORDA el tema de la mujer ante la guerra. Particularmente, cómo la guerra afecta a las mujeres, cómo se sitúa el feminismo frente al asunto, cómo los medios de difusión masiva presentan la situación y la influencia que han tenido los fundamentalismos religiosos sobre la guerra. Aunque el problema se remite a un contexto internacional, también hace referencia a Puerto Rico.

Palabras claves: guerra, feminismo, religión

Milenio, Vol. 8/9, 2004-2005

ISSN 1532-8562

*Pero, ¡maldito seas!, nosotras tenemos parte doble,
Pues primero parimos los hijos y después los enviamos al
ejército...
Después, en vez de gozar en la flor de nuestra juventud de
los placeres del amor,
dormimos solas, gracias a la guerra.*

Lisístrata

Aristófanes. Lisístrata¹

Umm Abed viste un largo traje negro bordado y un tradicional chal blanco musulmán. Vive en Gaza, tiene 75 años y dos hijos, ambos arrestados y encarcelados por los israelíes. Al principio la dejaban visitarles, luego le prohibieron las visitas. Todas sus solicitudes, todos sus ruegos fueron desatendidos. Cada semana se unió a la protesta que hacen los familiares de detenidos frente a la oficina del Comité Internacional de la Cruz Roja; es la primera en llegar y la última en marcharse. Hace un año le permitieron dos visitas al hijo que quedaba encarcelado. Después volvió la prohibición. Hoy no sabe cuándo le verá de nuevo. Sigue solicitando, marchando, rogando. Dice con determinación: "Tengo un mensaje para las madres israelíes: No somos terroristas. Sentimos un gran dolor cuando corre la sangre de nuestros hijos. Y sentimos el mismo horror que ustedes cuando hay violencia, dondequiera que sea".²

De momento nos puede parecer muy lejana esta angustia de una mujer palestina, pero no, acá, al otro lado del globo, sucede algo similar. Alejandrina Torres, recién liberada de la prisión estadounidense, vive junto a su esposo la misma angustia. Ha solicitado y rogado a los carceleros de su hijo Carlos Alberto, preso político, que le permitan visitarle para que pueda despedirse de su padre mientras aún le queda vida. Vano empeño. Alejandrina y su esposo aún esperan el permiso solicitado para ver a su hijo cuyos carceleros admiten es un preso ejemplar pero, visitarlo representa un peligro en la guerra antiterrorista. Y es que en las guerras, una de las primeras bajas es el respeto por los derechos humanos. Alejandrina y Umm, son dos madres víctimas de guerra.

Podría seguir añadiendo testimonios de guerra: Colombia, toda Centro América, México, Argentina, todo el Cono Sur, Sarajevo, Kosovo, Israel, Palestina, Sri Lanka, Afganistán, la Cachemira, Sierra Leona, Ruanda, Costa de Marfil, Sudán y Sur Africa. ¿Qué país africano no ha sufrido la grave este-la del colonialismo? Búsquenlos en los libros, en la Red. Esta tarea es muy aleccionadora. La misma confirma lo que ha sentenciado Hannah Arendt: "...la violencia no es sino la manifestación más flagrante del poder", y, "si la esencia del poder es la eficacia del mando, entonces no hay mayor poder que el que sale de un fusil".³ El problema se complica cuando Arendt nos advierte que debemos distinguir entre el poder legítimo que nace del consenso y la violencia, que es justificable pero nunca legítima y señala que, "sustituir el poder por la violencia puede lograr la victoria, pero a un precio muy alto; pues lo pagan no sólo los vencidos, sino también los vencedores, en términos de su propio poder".⁴ Harían bien Powell, Rumsfeld, Bush y todos sus consejeros en escuchar este señalamiento, entre ellos Condoleezza Rice, esa nueva mujer de hierro, moralista religiosa, que le señaló a Hans Blix antes de la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU, que no importaba lo que decidiera el Consejo pues ya los EEUU se ha decantado definitivamente por el ataque a Irak.⁵

Al hablar de las mujeres y la guerra vale recordar que entre las mujeres, como sucede con el resto de la humanidad, existen las diferencias ideológicas, de clase, de situación social. Las hay guerreras como Margaret Thatcher y Condoleezza Rice, o como las notorias fascistas Irma Griesse, guardia en Auschwitz, Gerturud Scholtz-Klink que dirigía la organización de las mujeres nazis o Pilar Primo de Rivera, dirigente de la Sección Femenina de la Falange española.⁶ Las hay también guerreras y guerrilleras: Tania en Cuba, Dora María Téllez, nicaragüense, Eugenia o Marina, salvadoreñas, que han combatido por la libertad y la justicia,⁷ y las hay civiles que, no obstante, no pueden escapar de los efectos terribles de las guerras que los hombres desencadenan. Más que nada, en aras de la brevedad, es a estas últimas las que voy a considerar en este trabajo. Y subrayo que si bien es imposible

no destacar su carácter de víctimas, también es necesario entender la valentía y el arrojo de estas mujeres, para sobrevivir y ayudar a la supervivencia de los suyos en condiciones que ninguno de nosotros probablemente hemos tenido que confrontar jamás.

Desde la óptica tanto feminista como de género femenino quisiera destacar cinco aspectos importantes. Primero, cómo la guerra afecta a las mujeres y cómo se sitúa el feminismo frente al asunto de la guerra y la paz, dicotomía sólo aparente, cuestión nada sencilla, heterogénea, que presenta muchos matices y aspectos. Segundo, cómo inciden los medios de comunicación hoy día en el caso de la “nueva” guerra en Irak. Tercero, me parece que en este caso que nos ocupa es esencial destacar el aspecto religioso fundamentalista en la definición del conflicto –casi puede decirse que se trata de una guerra santa– en la cual tanto Bush como Bin Laden recuerdan al Jehová de los ejércitos del Antiguo Testamento. Cuarto, e inevitablemente, el asunto nos remite, como ya señalé, al tema del poder, la violencia y sus usos y abusos. Por último, una obligada referencia a nuestro país y los diversos posicionamientos frente al conflicto. Ante ellos, ¿dónde quedamos las mujeres? Aunque uso este sustantivo, es importante aclarar, que lo utilizo consciente de que no es un grupo homogéneo sino heterogéneo, diverso y diferenciado.

Al comienzo de la beligerancia, se decía en los medios de comunicación que el presidente Bush no había declarado la guerra. Por supuesto, ello no era posible de creer. Sobre todo si tomamos en cuenta la política exterior desarrollada por Inglaterra y Estados Unidos en distintas instancias de la historia de Irak del siglo XX. Podemos mencionar por ejemplo, las acciones de Henry MacMahon, comisario británico en El Cairo, cuando ayudó en el contexto de la Primera Guerra Mundial a redefinir el mapa del Cercano y Medio Oriente; o cuando Irak se independizó en 1932 luego de la invención británica del país. También, se puede añadir el surgimiento en 1968 de Sadam Hussein en el panorama político y la eventual guerra contra Irak en 1991. Ante tales circunstancias, vale la pena cuestionar entonces ¿cuándo empezó la guerra?, ¿qué impacto ha tenido sobre la sociedad civil? Podemos preguntar a Khadija una iraquí muy pobre de pelo cano, débil y exhausta a sus 40 años. Es viuda, cabeza de una familia de seis hijos que tuvieron que abandonar su hogar cuando estallaron los combates hace 12 años. Sobrevive con un sueldo equivalente a ocho dólares al mes. Tiene derecho a asistencia pública, pero la lucha por la supervivencia no le permite viajar a la ciudad y hacer los trámites burocráticos correspondientes. Khadija trabaja en las granjas cercanas a su casa desde que sale el sol hasta que anochece. A veces puede ganar 30 dólares al mes, lo que cuesta un barril de combustible. Su mayor preocupación es educar a sus hijos y las condiciones que la guerra genera hace muy difícil alcanzar ese propósito. En la “primera” guerra del golfo, luceci-

tas de colores surcaban la pantalla de la televisión. Nos decían que eran los misiles, sin embargo, nunca vimos las mujeres que como Khadija eran víctimas civiles de esa guerra.

Algunos de los problemas más acuciantes que confrontan las miles de mujeres que como Khadija viven en zonas de guerra son: la violencia continua, la inseguridad y el temor que provoca, la detención, la desaparición o muerte de maridos, hijos, padres y otros familiares lo que obliga a las mujeres a huir de sus comunidades, generalmente con sus hijos pequeños. Así el desplazamiento interno y el refugio en países extranjeros es una de las primeras consecuencias de la guerra.⁸

El problema de su seguridad es enorme. Quedan solas, a cargo de sus familias, teniendo que confrontar por vez primera responsabilidades que antes no tenían o las compartían con sus compañeros. A veces piensan que por ser mujeres serán respetadas. Usualmente descubren que en situación de guerra su condición de género lejos de ayudarlas implica más graves amenazas a su seguridad personal y la de sus hijos. La violencia sexual cunde. Violaciones, prostitución forzada, esclavitud sexual y embarazos forzados se van convirtiendo en el pan nuestro de cada día no sólo en sus comunidades y en los lugares donde se han desplazado sino también en los refugios. Como señala la Cruz Roja Internacional, "la violencia sexual contra las mujeres y niñas ha existido siempre -y en menor medida contra hombres y niños- como forma de tortura para degradar, intimidar y finalmente derrotar... es un acto aterrador, no sólo para las víctimas sino para toda su comunidad".⁹

La desaparición de personas es otro horror común en las guerras con consecuencias que perduran mucho después del cese de hostilidades. No conocer la suerte de seres queridos, no poder llorar y enterrar a los muertos tiene graves efectos en los supervivientes, daños que le afectan para todo el resto de su vida. La viudez prematura, el desasosiego y la sensación de desamparo e incapacidad son comunes consecuencias de las guerras para las mujeres. Ellas tienen que tomar las riendas de sus vidas y las de sus familias en las peores circunstancias, en condiciones de supervivencia totalmente anormales y desconocidas. Claro está, también están sujetas a la detención como prisioneras de guerra aún cuando no participan activamente en la lucha.

Los conflictos armados evidentemente afectan brutalmente la salud. Los bombardeos, fuegos, balaceras, condiciones de vida insalubres, la desnutrición y falta de higiene crean graves problemas en zonas que ya de por sí eran en la mayoría de los casos, empobrecidas. La lucha hace difícil y a veces impide el acceso a los servicios médicos, a los hospitales, a los medicamentos, servicios que por demás, se ven gravemente afectados por los disturbios. El acceso a agua potable, alimentos y albergue es difícil y a veces imposible.

Los sistemas de derechos humanos y civiles nacionales e internacionales se socavan y el acceso a los servicios de ayudas gubernamentales y no gubernamentales es difícil o nulo. Al respecto es interesante señalar que 103 países han ratificado el tratado de la ONU sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres pero los EEUU que tanto insisten en que se cumplan las resoluciones referentes a Irak, no ha ratificado este tratado. A estos problemas inmediatos, hay que sumar la interrupción de la cotidianeidad: estudios, empleos, carreras profesionales, vida familiar y comunal quedan aplazados o destruidos. Sus países, ciudades, comunidades quedan arrasadas y en la posguerra no hay realmente vuelta a las condiciones previas, a la normalidad.¹⁰ Sin duda, efectos todos que recaen sobre toda la población hombres, mujeres, niños, pero afectan de forma muy particular a las mujeres.

Para la inmensa mayoría de las mujeres la guerra que nos atrapa es algo ajeno. No se trata de esencialismos, las mujeres hemos probado hasta la saciedad a través de la historia que somos capaces de luchar como cualquier hombre, en la inmensa mayoría de los casos en defensa de nuestra familia, hogares o por principios de justicia. Aunque hay mujeres que apoyan el machismo guerrerrista es importante aclarar que nosotras no hemos participado en la creación de las conceptualizaciones justificadoras de la guerra para resolver conflictos ni el militarismo como postura geopolítica. Y, a lo largo de todo el desarrollo del movimiento feminista uno de sus rasgos ha sido una vertical postura antimilitarista y antiguerrerrista. Pero, aún en las más amplias democracias, nuestras voces no tienen el mismo valor, no se escuchan como las de los guerreros, no son tomadas en cuenta. Para los hombres que sí construyen los postulados militaristas y guerrerristas, y viven de acuerdo a ellos, las mujeres, niños, los pobres y marginados del mundo, somos "el otro". No nos corresponde el poder.¹¹

En el contexto de esta guerra los medios de comunicación responden con su usual capacidad para encubrir la realidad y deformarla. Así, van apareciendo toda una serie de iconos constitutivos de la ideal definición de los géneros, definición que en tiempos de guerra es más útil que nunca al poder establecido. Aparece el hombre, soldado-ciudadano-héroe. A su lado llora patriótica, sacrificada la esposa y madre de la mano de sus hijos pequeños. La puesta en escena es en una casa o patio muy lindo y cómodo, típico de los sectores medios. También es racista, pues casi nunca aparecen los miles de soldados que en EEUU denominan como de otras "razas": los de origen latinoamericano, asiático, negros e indígenas. Esa familia que sufre patrióticamente por la lucha antiterrorista es blanca y de clase media. La mujer que se queda en casa, obediente y callada en nada se parece a Khadija, a Umm o Alejandrina Torres. Todavía hoy, nos siguen enseñando las torres en proceso de explosión, jamás una imagen de la destrucción de los campos de Sabra

